La disposición mística de la mente

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

¿Tiene el misticismo un valor práctico, o beneficia únicamente al temperamento ascético y al idealismo trascendente que tienen muy pocas raíces (si acaso poseen alguna) en las demandas de la vida secular? Puesto que el misticismo desempeña un papel muy prominente en la religión, incluso en sus rituales y su simbolismo, por lo general se cree que no guarda una relación directa con las necesidades materiales de la vida cotidiana. No obstante, si examinamos brevemente los conceptos en los que se basa el misticismo, llegamos a la conclusión de que provee acceso a una valiosa fuente que ayuda a guiar los asuntos mundanos.

Los místicos judíos, cristianos, islámicos (e incluso los místicos llamados paganos) concuerdan por lo general en lo que respecta a la naturaleza del misticismo, aunque no todos le confieren ese nombre. En primer lugar, el misticismo afirma que la naturaleza fundamental de la *realidad* es inefable. En consecuencia, no compete al hombre tratar de describirla. El no puede conocer, ni por medio del intelecto ni de los sentidos, al ser puro, al mundo noúmeno, es decir, a la esencia básica de todas las cosas. En otras palabras, las facultades comunes de nuestra conciencia no pueden comprender cual es el estado innato de la realidad.

El misticismo sostiene que aun cuando la especulación filosófica, empleando el razonamiento, puede plantear una teoría sobre la naturaleza de la realidad, no consigue explicar lo que ésta es en verdad. Aunque la razón parezca ser ilimitada y profunda, es finita; por lo tanto, no puede comprender lo que significa la realidad absoluta, cuya naturaleza es infinita.

Pese a que el misticismo reconoce esas limitaciones, no excluye por completo la posibilidad de que los seres humanos puedan experimentar la realidad. Por el contrario, les abre una vía de acceso: el estado de éxtasis. Durante el éxtasis ocurren ciertos fenómenos: "Desaparece toda sensación de estar separado y distante de la realidad, así como de las diferencias entre el ser y la naturaleza de lo real". Esto significa simplemente que la conciencia de sí mismo se desvanece.

El individualismo se mezcla con la realidad y se vuelve uno con ella, "o se absorbe en una magnífica visión de la realidad". La diferencia entre el sujeto (el pensamiento) y el objeto (el individuo o las cosas) sigue existiendo, pero el ser no la experimenta.

¿Por qué se esfuerzan tanto los místicos por alcanzar ese estado de conciencia especial? En primer lugar, porque reconocen las limitaciones de la conciencia objetiva para percibir los estados entre lo objetivo y lo subjetivo. Por regla general, el hombre se niega a percibir al Todo, al ser puro del cual forma parte él y todo lo que existe.

Según sostienen los místicos, la capacidad de la conciencia objetiva del hombre puede ser comparable a mirar a través de un túnel largo y estrecho.

En uno de sus extremos vemos la parte de la realidad que nuestros sentidos nos permiten, pero el resto sólo podemos imaginarlo. Desconocemos qué hay a los lados de la apertura del túnel y más allá del alcance de nuestra percepción. No importa cuánto agrandemos la apertura del túnel (como por ejemplo, proveyendo a nuestros sentidos de los medios adecuados), aún quedamos en desventaja. Los místicos afirman que no podemos esperar que a través de tales medios nos será posible experimentar la realidad absoluta.

Por lo tanto, no debemos confiar en que la observación y el razonamiento empíricos pueden ser una guía para conocer la naturaleza de la realidad. Tenemos que utilizar el aspecto de la conciencia que nos permite hacernos conscientes de nosotros mismos, es decir, de aquella *realidad* de la cual formamos parte. Al hacerlo, nos unimos por completo con el Uno (con Dios, el Absoluto, la Mente Universal, el Cósmico, términos diferentes usados por los místicos.

El éxtasis es un estado de conciencia supremo. Es una percepción total del ser, sin que se discierna ninguna diferencia. Podemos decir que es el poder total de la experiencia humana, sin que la limiten los órganos sensorios; además, es una armonización de la naturaleza cósmica del hombre. Es enfocar toda la luz de la conciencia en la unión entre el ser y la realidad, sin distinguir particulares.

Hemos mencionado la conciencia de sí mismo lo cual significa, en términos generales, la íntima percepción de nuestro "yo", la personalidad y la individualidad que nos distingue de todo lo demás. Pero en el estado de éxtasis, el místico trasciende esa conciencia de sí mismo. Por lo común, percibimos nuestro ser por su aparente separación de las demás realidades. En otras palabras, sabemos que *somos,* porque al mismo tiempo sabemos que *no* somos otra cosa. En el estado de éxtasis del cual habla el místico, el ser y la realidad se funden: sólo hay *unidad.*

Entonces ya no existe ni el "yo" diferente que pensamos ser, ni la miriada de cosas del mundo. Hay una sola realidad, un solo estado de existencia. El ser no se pierde, sino que se absorbe en esa realidad.

Bien dicen los místicos que la razón no puede expresar con palabras lo que significa ese éxtasis que permite tomar conciencia de la realidad. Cuanto más se trata de explicar esa unidad utilizando la capacidad de los sentidos, más incomprensible se vuelve. Se trata de una experiencia de cierto estado de consciencia específico, que supera en mucho los términos con los cuales pueden explicarse otros estados de conciencia.

La intuición

Sin embargo, algunos de los místicos más iluminados (mahometanos y cristianos) han afirmado que *la intuición* es un medio para llegar al éxtasis durante el cual se percibe la realidad absoluta. No relacionan directamente a la intuición con la razón ni con las emociones, aun cuando consideran que no es un fenómeno producido por un proceso totalmente orgánico o mental, sino que se trata más bien de una función divina que se manifiesta a través del ser físico y mental del hombre. Ellos piensan que la intuición es una

especie de facultad superior que es natural en el hombre, puesto que se trata de un atributo intangible de su ser, aunque muy raramente lo ejercita por completo.

Otra forma de explicar el concepto místico sobre la intuición quizás sea pensar que se trata de una inteligencia superior, inmanente en el hombre, que forma parte de la Conciencia Universal de la cual el místico considera consiste la realidad absoluta, siendo la intuición del hombre una octava del teclado de toda la realidad. Por lo tanto, la intuición es un *discernimiento* de lo Absoluto, o de la Realidad Cósmica. Ese discernimiento hace posible el éxtasis, esa gran iluminación o ese influjo de la conciencia, a través del cual el ser percibe su unidad con el infinito.

¿Cómo podemos poner de manifiesto en los valores mortales esa facultad o ese atributo exaltados, es decir, cómo podemos aplicarlos en la vida para la felicidad del ser físico y mental del hombre?

Místicos y teólogos, entre ellos los filósofos cristianos Alberto Magno y Tomás de Aquino, declararon que todo lo que se revela por medios divinos es una *verdad* que debe ser aceptada por fe. Sostenían que siempre que la razón presente una contradicción, ésta última debe ceder su puesto a la fe y a la revelación. La filosofía daba libertad a la razón para especular sobre todos los temas, salvo las verdades reveladas por la teología. Sin embargo, declararon que la razón podía confirmar (y muchas veces lo había hecho) la verdad de la fe y de la revelación.

Los místicos afirmaron, además, que la *intuición* es un agente de la verdad casi semejante a la revelación. Por medio de la intuición uno puede conocer la verdad acerca de las funciones de la naturaleza y del cosmos, superando a la razón que solamente las analiza.

Por otra parte, gracias a su claridad evidente, la intuición puede inspirar y guiar a la razón, a fin de que el hombre pueda comprobar y objetivar la verdad. Se dice que cuando el hombre vislumbra prístinamente, a través de los medios trascendentes de la intuición, el estado naciente de las cosas, le es posible reducir la realidad a causas naturales y conducirla a un campo donde puede experimentarla.

Por lo tanto, siendo una facultad cósmica o divina, la intuición no debe de ser confinada solamente a alcanzar el estado místico de unidad. Podría decirse que es enciclopédica, es decir, tiene acceso a los valores, a la relación, a los estados causales que no pueden alcanzar los procesos ordinarios del pensamiento.

Podemos deducir que el discernimiento intuitivo es una especie de razonamiento supremo, pues tiene acceso a elementos de la realidad muy superiores a los que pueden lograr nuestras facultades de percepción comunes; sin embargo, la intuición reduce esos elementos a la naturaleza de ideas inspiradoras. La calidad de esas ideas no es extraña para nosotros.

En otras palabras, íntegramente pueden parecer una nueva experiencia, pero intrínsecamente están compuestas de términos claramente

relacionados con el nivel de nuestra inteligencia y educación. Por su naturaleza superior, la intuición puede sugerir un curso de acción. Dentro de ese curso, es decir, dentro de la idea concebida, siempre se revela una clave, una especie de punto causal en cuanto a cómo puede materializarse ese curso de acción.

La verdad revelada intuitivamente no es un atributo otorgado exclusivamente a los místicos. La gran mayoría de la gente que habla de sus *corazonadas* diciendo: "Algo me dice que debo hacer esto o aquello", está revelando que ha recibido impresiones intuitivas para guiarla. Todo artista, poeta, escritor, inventor o cualquiera otra persona que realiza una actividad creativa, es motivada por su intuición.

La razón

No debe pensarse que la intuición puede remplazar las funciones de la razón. Casi cada hora de nuestro estado de vigilia tenemos que valernos del razonamiento para evaluar y comparar nuestras experiencias, y deducir cómo afectarán éstas nuestras actividades. Sin embargo, no tenemos que recurrir a la intuición, pues no es necesario, para que nos guíe en la mayoría de los asuntos prosaicos del día.

La razón y la intuición se relacionan entre sí de dos maneras: primera, cuando la razón no puede encontrar la solución a un problema y la facultad del intelecto no encuentra un mejor recurso, entonces hay que recurrir a la intuición. Esto constituye apelar a un discernimiento interior más profundo, un sentido más sagaz que relaciona los hechos y decide lo que debe hacerse, valiéndose de la facultad del razonamiento.

La segunda relación entre la razón y la intuición reside en que siempre debe usarse a la razón como un medio para manifestar las ideas que ha inspirado la intuición. Muchas veces esto resulta muy difícil porque, al principio, la razón puede llegar a una conclusión muy contraria a la idea trasmitida por la impresión intuitiva y, por lo tanto, parecerá que es imposible llevar a cabo ésta última. No obstante, la razón no debe convertirse en juez de la verdad que dicta la intuición. Antes bien, debe tratar de reducir racionalmente las impresiones intuitivas a condiciones y elementos del mundo, de tal forma que puedan ser comprendidas objetivamente.

Permítasenos usar una alegoría para aclarar este punto. A Leonardo de Vinci, por ejemplo, intuitivamente se le ocurrió la idea de que el hombre podría volar. En un sentido deductivo e intuitivo, estaba seguro de que esto podía conseguirse. Sin embargo, basándose en la experiencia humana de aquella época, el razonamiento común le habrá dicho que tal cosa era imposible. Después de todo (pudo haber deducido) el hombre es más pesado que el aire, carece de alas, y cualquier máquina o aparato adaptado a él, lo haría aún más pesado manteniéndolo en el suelo.

Pero en lugar de esto, de Vinci usó su razonamiento tratando de encontrar medios con los cuales hacer realidad su visión intuitiva. Sus asombrosos diagramas y los modelos que construyó demuestran cómo redujo su

concepto intuitivo a hechos causales y a principios básicos pertenecientes a la física de la aeronáutica... ¡siglos antes de que el hombre pudiese volar!

Pese a que todos los hombres poseen la facultad de la intuición, son muy pocos los que saben cómo usarla a voluntad. En la mayoría de la gente, la intuición es un fenómeno que inunda de súbito su conciencia, proviniendo de ninguna parte aparentemente, con una impresión muy clara. No obstante, esto es poco frecuente en la gran mayoría.

Además, muchos entre esa mayoría consideran que la impresión intuitiva que han recibido es una fantasía o una ilusión, porque les parece que está opuesta a lo que usualmente les dictan los procesos de su razonamiento. Es en esto donde se destaca el místico (es decir, el místico genuino); él posee la técnica que le permite utilizar comprensivamente, y a *voluntad,* la intuición. El puede emplearla casi tan comúnmente como otros hombres utilizan su razón.

Pero así como el pensador serio reflexiona en las cosas con tanta lógica como le es posible, así también el místico recurre a la intuición no de una manera casual, sino asiduamente. No emplea la intuición cuando la razón y las facultades sensorias le son suficientes. No recurre al proceso de la meditación, cuando todo lo que necesita es realizar una observación empírica. La técnica de la *intuición mística* consiste no solamente en saber cómo utilizarla, sino también cuándo hacerlo.

El místico genuino no es, por lo tanto, un vano soñador desligado de todo contacto con el mundo. Antes bien, es una persona *práctica* que emplea una facultad más sensitiva y usa el pleno potencial de la naturaleza del hombre, *aquí* y ahora.